

HOY VENCEMOS A LOS MONSTRUOS



Me llamo Edgar, tengo 10 años y quiero ser veterinario y dibujar cómics. Mi tutora nos ha pedido, a mis compañeros y a mí, escribir una redacción para exponer en clase. Como no sabía cómo empezar, he decidido hacerlo presentándome que es lo que acabo de hacer.

Nací siendo mis padres muy mayores (diez años menos que ahora) y el parto se complicó porque quise salir antes de tiempo. Incluso hubo peligro que naciera sin vida pero los médicos consiguieron que, tanto mi mamá como yo, estuviéramos bien. Mi mamá me ha explicado que, a consecuencia de aquello, yo entiendo las cosas de forma distinta a cómo pueden hacerlo mis compañeros que tienen mi misma edad. Eso lo entiendo. No me importa porque sigo vivo y los médicos me salvaron.

Siempre me cuentan que he sido un niño muy deseado y que no me cambiarían por nada en el mundo (por eso me abrazan muy a menudo). Ni yo a ellos porque saben cómo cuidarme cuando

estoy triste o enfermo. Me preparan mi plato favorito que son los macarrones con tomate frito y me llevan al parque a jugar con el balón. Papá siempre me deja ganar. Yo me doy cuenta pero no le digo nada porque le hace mucha ilusión que yo gane. Se pone muy contento, salta y chilla “¡Campeón!” muchas veces, tal vez demasiadas (eso dice mami). La gente se queda mirando pero a mí no me importa porque es mi padre y yo lo quiero con todos sus defectos y virtudes (esta palabra me la ha dictado mi papá).

Siempre me dicen que no me ponga triste si percibo que algún profesor o compañero me tiene que explicar varias veces la lección ya que no pasa nada si no entiendo algo o lo olvido rápidamente. Por esa razón siempre llevo una libreta conmigo para apuntármelo todo, llegar a casa y leer lo que he escrito...aunque la mayoría de veces la utilizo para dibujar. Soy mejor contador de historias a través de los cómics que con mi discurso oral.

Mis papás son muy pacientes conmigo (pacientes de “paciencia”, no de “enfermos”). Son pacientes conmigo porque me quieren.

Siempre estoy con ellos cuando no estoy en clase porque no tengo muchos amigos. Yo creía que sí los tenía ya que en clase nos lo pasábamos muy bien, nos reíamos mucho y siempre venían a buscarme en los recreos para que les contara o hiciera cualquier cosa que ellos querían. Incluso me invitaban a las fiestas de cumpleaños...ya no.

Ya me explicó mi mamá que eso no era exactamente tener amigos. Tenía que separar quién realmente se interesaba por mí y quién se burlaba de mí. Pero yo no sé diferenciarlo, no sé hacerlo. Mi papá dice que siempre veo el bien en las personas y no siempre es bueno. Tiene razón...pero poco a poco aprendo a ver a los monstruos que luego dibujo. Son aquellos que son malos con los compañeros, que se burlan, que insultan y que pegan. A mí no me importa que me lo hagan, soy fuerte como un superhéroe y puedo resistirlo, pero no me gusta que lo hagan a mis compañeros...

Mamá se pone triste cuando le cuento lo que algunos de ellos (me) hacen y siempre me aconseja que lo cuente, que no me esconda, que proteja a aquellos compañeros más débiles y que lo hable con mi profesora. Creo que esta redacción servirá porque quiero que mis compañeros vuelvan a contar conmigo, que vuelvan a invitarme a sus cumpleaños y no se avergüencen de mí.

Mi papá dice que puedo contar cómo me siento cuando soy consciente que alguno de vosotros me desprecia o se burla. Así que voy a hacerlo. Es peor que cualquier puñetazo. Bien cierto es que tardo en ser consciente de todo eso, pero cuando me doy cuenta noto una punzada en el corazón que conecta directamente con el agua de mis ojos y me hace derramarla. Me quedo paralizado unos instantes intentando entender el por qué, si yo me porto bien y quiero ser amigo de todos mis compañeros. Soy buena persona y “con un corazón enorme”, o eso me dicen mis papás (aunque yo creo que todos tenemos el mismo tamaño de corazón, el problema es que no lo usan...como el cerebro). Paso unos días triste aunque mis papás siempre buscan la manera de hacerme sonreír, pero no siempre lo consiguen. Luego se me olvida lo que me hicieron y vuelvo a confiar.

-Señorita, siento haberle hecho daño. –Paró Edgar de leer al darse cuenta que su profesora estaba triste.

-¿Por qué dices eso, Edgar? –Le preguntó la profesora ante tal disculpa.

-Porque está llorando y siento ser yo el culpable.

-No, cariño, no tienes culpa de nada. Son lágrimas de emoción. Leyendo esta redacción has conseguido contarnos y hacernos partícipes de cómo te sientes. Nunca te habías abierto tanto como hasta ahora.

Edgar la miró extrañado por tal observación. Él no se “abría” literalmente. “Deben ser de esas palabras que dice mami que tienen doble sentido”, pensó.

-Sí, mamá dice que ha sido un buen ejercicio.

Su profesora no pudo evitar sonreír ante la ternura de aquel muchacho. Se levantó de su mesa y se dirigió a toda la clase.

-¿Quién verifica que todo lo que ha contado Edgar sobre las burlas es cierto?

Sus alumnos llevaban en silencio, pensativos, desde el momento que Edgar empezó a leer. Durante unos segundos nadie reaccionó. En aquella clase estaban presentes un par de aquellos compañeros que le hacían la vida imposible para pasar un buen rato, bromas de mal gusto, juegos para hacer daño...siempre con una finalidad: reírse de Edgar. El resto de alumnos no se atrevían a decir nada delante de ellos ya que podían ser el blanco futuro de sus burlas.

La profesora los iba mirando uno a uno, casi suplicando que alguien hablara. En el momento que ella abrió la boca para dejar el tema de manera pública, una de sus alumnas levantó la mano.

-Señorita, verifico todo lo que Edgar ha leído e incluso más cosas que él no sabe. Siempre son los mismos compañeros los que le provocan y lo buscan, pero yo me siento parte culpable ya que reconozco que en alguna ocasión me he reído con sus bromas y he callado permitiendo que siguieran haciéndolo. Pero no quiero que Edgar se sienta así...

Sin dejar que aquella niña terminara, otro alumno levantó la mano y otro y otro. En pocos minutos prácticamente toda la clase había levantado la mano.

-Estoy muy orgullosa de vosotros. Sois muy valientes al querer cazar a los monstruos. Nunca tenéis que tener miedo porque siempre hay alguien que sufre con vuestro silencio.

La misma alumna que se atrevió a participar primero, se levantó y abrazó a Edgar. Él se quedó paralizado, con los brazos abiertos y temblando. Ninguna chica le había abrazado nunca. Las únicas eran familiares o también su profesora. Era una sensación agradable, le cargaba de energía. Cuando reaccionó y devolvió el abrazo, el resto de alumnos se fue levantando de sus pupitres para sumarse al abrazo colectivo.

El único que se quedó sentado era aquel niño que no paraba de molestarlo. Nadie fue consciente de aquello, concentrados en el abrazo de equipo. De repente se sobresaltaron ante

el estruendo que produjo aquel niño al levantarse y arrastrar el pupitre hacia delante. La clase se quedó paralizada, rompiendo el abrazo, en alerta, esperando su reacción. Una vez de pie, apoyó en la mesa los brazos tensos teniendo los nudillos en blanco por la fuerza con la que agarraba la mesa. Con la cabeza agachada no podían verle la cara. Debía estar muy enfadado con la clase. Todos se pusieron en tensión por cuál sería su siguiente movimiento. Hasta la tutora tuvo que separarse del grupo y llamarle la atención. Él avanzó hasta ellos con las manos apretadas en puños y la mandíbula apretada. Se paró antes de llegar al grupo.

-Edgar.

-¿Sí? –Dio un paso hacia delante, separándose de sus compañeros.

Automáticamente, todos los alumnos se pusieron a ambos lados, demostrando su apoyo a Edgar. Si se metía con él, lo haría con todos ellos.

Su profesora se mantenía junto a ellos pero en un segundo plano. Quería que resolvieran entre ellos aquel conflicto. Sabía que aquel niño no le haría nada, confiaba que aquella redacción también le hubiera descongelado el corazón.

-Edgar, perdóname. No pensé que te hiciera sentir tan mal. Solamente eran bromas. –Dijo sin poder mirarlo a la cara, avergonzado por todas las escenas que recordaba siendo Edgar el receptor.

-Mi mamá dice que quien es valiente para pedir perdón, se merece ser perdonado. –Le contestó Edgar seguro de lo que decía. Por fin había vencido a los monstruos y tenía un final para su cómic.

<http://www.lauraborao.com/>